



ideas

Edición a cargo de Héctor M. Guyot
www.lanacion.com.ar/ideas
@ideasLN | /LNideas

POLÍTICA INTERNACIONAL

Gary Kasparov: "Putin va a violar el pacto, como lo hizo docenas de veces"

El excampeón mundial de ajedrez critica el acercamiento de Trump al Kremlin

Por Josep Catá Figuls y Ana Pantaleoni
Página 5

SOCIEDAD

Covid y después Cómo la pandemia cambió el mundo

A cinco años del encierro, se perfilan transformaciones que definen el presente

Por Gabriela Origlia

Página 6

**ENSAYO**

Cambio de época.

El nuevo desorden global plantea desafíos urgentes

La brecha entre Estados Unidos y Europa, cada vez más expuesta

Por Daiana Fernández Molero

Página 8

LITERATURA

Las vocación primera por los libros y la lectura de un autor premiado

Al recibir una distinción, el autor de *La Liebre* rememoró sus inicios

Por César Aira

Página 9

LA PARTE Y EL TODO

Milei, de la motosierra al botón muteador

Parecería que el Presidente busca callar a opositores, disidentes y periodistas

Por Sergio Suppo

Página 12



GENTILEZA

ENTREVISTA — POR Ana D'Onofrio

Ignacio Blanco Alfonso

«Pasamos del hombre-masa de Ortega al hombre-red de la actualidad»

El catedrático español, autor de un libro sobre la intensa labor periodística de José Ortega y Gasset, reivindica la vigencia del recordado filósofo

P

MADRID. El ensador, humanista, metafísico, ensayista, una de las voces más lúcidas y trascendentes del mundo hispano del siglo XX, José Ortega y Gasset (1883-1955) decidió desde muy joven que usaría el periodismo para ejercer la filosofía, que estudió en Alemania. Le desvelaba el retraso de su España natal con respecto al resto de Europa, y sostenía que allí ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. "Reina

lo cotidiano y vulgar. Quien quiera crear algo — y toda creación es aristocrática — tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela intelectual que es el periódico", decía.

Nació sobre una rotativa (Editorial Tecnos), del profesor Ignacio Blanco Alfonso (Cádiz, 1972), académico y orteguista, narra esta historia de vida, pasión y renunciación a partir de un título absolutamente literal. Porque Ortega y Gasset nació y creció en un edificio madrileño, frente al Parque El Retiro, donde se editaba e imprimía *El Imparcial*, periódico familiar que dirigía su padre.

El libro, que con un delicioso nivel de detalle hilvana por primera vez la vida periodística del gran pensador, es fruto de una investigación de años a la que se consagró Blanco Alfonso, catedrático de Periodismo en la Universidad San Pablo CEU, de Madrid, y miembro del equipo de Centro de Estudios Orteguianos que investigó y editó los diez tomos de *Obras Completas* (Taurus) del filósofo.

Ortega sobresalió no solo como un exquisito articulista, sino también como promotor e inspirador de muchas iniciativas culturales.

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR Ana D'Onofrio

NOT FOR SALE

lanacion#cvam38616

PERSONAL
COPY

¿Por qué lo entrevistamos?

Porque rescata la labor periodística y las ideas sobre el oficio de Ortega y Gasset, en tiempos en que la prensa suele ser hostigada desde el poder.

Ignacio Blanco Alfonso*

«Pasamos del hombre-masa de Ortega al hombre-red de la actualidad»

El catedrático español, autor de un libro que recorre la intensa labor periodística de José Ortega y Gasset, *Nací sobre una rotativa*, reivindica la actualidad del pensamiento del recordado filósofo madrileño



NOT FOR SALE

lanacion#cvam38636

PERSONAL COPY

VIENE DE TAPA



undó las revistas *Faro y Europa*, el semanario *España*, y los periódicos *El Espectador* y *El Sol*. Tuvo una intensa relación con la Argentina. De 1911 a 1914 escribió en *La Prensa*, de Buenos Aires. Pero fue la *Revista de Occidente*, hoy por cumplir 102 años, su proyecto más personal y entrañable, con un staff por donde pasó la flor y nata del pensamiento y la cultura de la primera mitad del siglo XX. Desde 1923, Ortega fue colaborador destacado de LA NACION, que se convirtió en una tribuna de sus ideas, ágora y plazuela de trascendencia global.

Nunca pudo acostumbrarse a la máquina de escribir. Escribía con pluma y su secretaria, Lolita Castillo, teclaba los artículos, que no esquivaron ningún género. Compilados, muchos de ellos se convirtieron en libros clásicos: *España invertida* y *La rebelión de las masas*, por ejemplo.

Fue justamente este último libro el que acercó a Blanco Alfonso la obra de José Ortega y Gasset. Fue durante sus tiempos de estudiante, cuando su profesor de Literatura Española Contemporánea de la carrera de Filosofía, que por entonces cursaba, se lo dio para leer. "Ahí me di cuenta -recuerda Blanco Alfonso durante una entrevista con este diario- de que Ortega nunca había escrito ese ensayo como libro. *La rebelión de las masas* era una recopilación de sus artículos. Me sorprendió un contenido sociológico tan profundo explicado con tanta sencillez. La clave era su prosa periodística. Ahí decidí convertir mi investigación en una tesis doctoral sobre el periodismo de Ortega".

-¿Qué descubre en ese proceso?

-Que el periodismo para Ortega lo fue todo. Absolutamente todo. Nace ya periodista y su vocación, por lo tanto, crece de un modo natural. Precocamente él tiene una inclinación espontánea hacia la escritura. Pero estudiando filosofía advierte que va camino a convertirse en un intelectual. Al mismo tiempo, sabe que publicar en la prensa le puede penalizar su faceta filosófica. La filosofía se ejercía de forma más clásica, no en una página volante de un periódico.

-¿Cree que se sentía más cómodo como periodista?

-Bueno, veía el periodismo con espíritu crítico. Le criticaba que solo le interesa la noticia del día y a todo lo importante le resta atención. Le interesa el suceso, decía.

-Curioso que, dicha en presente, la observación no desentone para nada.

-Sí. También nos pasa hoy. De hecho, Ortega dice que cuanto más sustantiva es una noticia menos caso le hacen los periódicos.

-Cuánta actualidad.

-¿Sí, verdad? Esto lo dijo hace cien años y parece estar hablando del presente. Creo que su pensamiento tiene tanta actualidad porque nuestra sociedad es una evolución

de aquella sociedad de masas de la que hablaba Ortega. Pasamos del hombre-masa al hombre-red.

-Si se trata de una evolución, uno y otro deben conservar algún parecido...

-Compartimos un poco el rasgo de superficialidad del hombre-masa, un hombre fácilmente manipulable, que profundiza poco, seducido por las ideas espontáneas que se le ocurren. Esto es fruto del desconocimiento del esfuerzo histórico que fue necesario para llegar al estado de bienestar que disfruta hoy. Da todo por hecho y no cuida ni protege los derechos, las instituciones, el marco jurídico, sin pensar que las democracias pueden llegar a morir también. Ortega, al igual que Walter Lippmann, intelectual americano y también periodista, decía que en las democracias liberales la gestión de la opinión pública es crucial para la salud institucional y no se puede dejar las noticias en manos irresponsables.

-¿Por eso lo trataban de elitista o aristocrático?

-Ortega reclamaba rigor en el manejo de la información. Creo que a la palabra aristocracia en su obra se la interpreta mal. Aristócrata, etimológicamente, es el mejor. Ortega se refiere a esa élite de hombres que se exigen más a sí mismos que a los demás.

-Ese hombre al que él llama el héroe cotidiano...

-Claro. El héroe cotidiano, alguien que tiene vocación por vivir de acuerdo con sus principios. Eso es heroísmo para Ortega. Todos tenemos un fondo insobornable al que deberíamos proteger siendo consecuentes con nuestro ideario, decía. Lo decía el poeta griego Píndaro 500 años antes de Cristo: sé el que eres. llega a ser ese que eres en tu interior. Ese es el concepto de aristocracia para Ortega.

-¿Qué lección hay allí para los periodistas?

-Tiene que ver con que el periodismo ejerza con autenticidad la vocación del periodista, esencial en una república. La información es la sangre que circula por las venas de la democracia. Y en ese sentido, la función social del periodista es básica para que una democracia funcione.

-Son conceptos que conviene recordar, en momentos en que es tan común el ataque a la prensa desde el poder.

-Siempre ha ocurrido así. La frase esa de no maten al mensajero va por ahí. Yo me limito a contar lo que hay. Lo investigo, lo compruebo y voy a por la verdad. Le pese a quien le pese. Esto es casi como un sacerdocio, un servicio público, muy sacrificado. De todos modos, creo que vamos a vivir una nueva edad de oro del periodismo.

-¿Qué es esperanzador!

-El otro día escribí el epílogo de un libro que me pidieron y lo titulé "La nueva edad de oro del periodismo". Creo que va a ser la única fuente de datos confiables. La información que llega por las redes, por X por ejemplo, produce inseguridad. No identifico el emisor, la fuente, y no sé entonces qué intenciones alberga. No me puedo fiar. No sé quién me habla y por qué. Los medios tradicionales son ya y serán las únicas fuentes serias y confiables, con información chequeada, sin falsedades.

-¿Siente vibrar este espíritu entre sus alumnos?

-Hay brotes muy prometedores. Yo dirijo un máster de periodismo cultural desde hace diecisiete años. En cada curso siempre hay un grupo de 15 o 20 que deciden dedicarse a la cultura. Es muy inspirador. No sé dónde termina esto, pero soy optimista.

-¿Qué necesitan estos futuros periodistas?

-Hay que proporcionarles un buen funda-

Estudioso del periodismo

Ignacio Blanco Alfonso es catedrático de Periodismo en la Universidad CEU San Pablo, de Madrid.

Se doctoró con una tesis sobre los géneros periodísticos en la obra de José Ortega y Gasset (premio extraordinario de doctorado, 2003). Especialista en el pensamiento y la obra del filósofo madrileño, ha sido miembro del equipo de edición e investigación de sus Obras completas.

Es director del Centro de Estudios Ortegaianos, de la Fundación Ortega-Marañón.

Vicedecano de Investigación, Posgrado y Profesorado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU San Pablo. Director del Máster en Periodismo Cultural. Fundó y dirigió el Máster en Verificación Digital, Fact Checking y Periodismo de Datos (CEU & Newtral) entre 2020 y 2023.

Dirige *Doxa Comunicación*, revista interdisciplinaria de Estudios de Comunicación y Ciencias Sociales, desde 2012.

Ha sido *visiting scholar* en las universidades de Génova (Italia) en 2007, del Pacífico (Lima, Perú) en 2015, de Cambridge (Reino Unido) en 2017, y de la Universidad Católica de Argentina, 2023.

Es *life member* del Clare Hall College de la Universidad de Cambridge, y Fellow de la Fondazione Bogliasco (Italia).

“

El tiempo político que vivimos hoy tiene fecha de inicio, 2008. La caída de Lehman Brothers demostró que estamos en manos del capital”

“

El héroe cotidiano, alguien que tiene vocación por vivir de acuerdo con sus principios. Eso es heroísmo para Ortega”

mento filosófico que les ayude a entender cómo se construye la realidad social. No hay verdades absolutas. Este es uno de los grandes temas de Ortega. ¿Existe la verdad?

-¿Existe?

-Por supuesto que existe. ¿Se la puede alcanzar otro por ciento? No siempre, porque nuestra realidad siempre es limitada. Ortega decía que solo se la puede ver desde el lugar que cada uno ocupa fatalmente en el universo. Y también, que la mayor parte de nuestro conocimiento del mundo exterior no procede de nuestra experiencia directa de él, sino de lo que nos han contado de ese mundo exterior.

-Un mundo complejo al que ahora hay que agregarle las redes.

-Las redes no dejan de ser la caverna de Platón. Lo cierto es que todo está dicho ya desde Platón y de Aristóteles. El mito de la caverna dice que ahí están sentados unos individuos de tal suerte que solo pueden mirar en una dirección, y en la pared de la caverna ven el reflejo de sombras de unos objetos que otros hombres portan detrás de ellos. En medio, una hoguera y las sombras que muestran algo difuso y ambiguo, pero como no han visto otra cosa, creen que las sombras son los objetos mismos. Algo parecido nos ocurre hoy. Leemos un diario, cualquiera que sea, y creemos que estamos leyendo la verdad, viendo la realidad, y no un relato posible de la realidad.

-Pero las nuevas generaciones no consumen los canales clásicos.

-Sí, es una realidad con la que tenemos que aprender a convivir.

-¿Y desde la filosofía, cómo se ve esto?

-Como una de las características de nuestro tiempo. Habrá un gran problema de construcción de la personalidad si no prestamos atención a lo que está produciendo la tecnocracia. A la tecnocracia le interesa más que nada maximizar su beneficio, no lo que le puede pasar a tu hijo. A los hijos de los tecnócratas no les permiten pantallas ni móvil. Saben lo que significa.

-¿Estamos sometidos a la infoxicación?

-A un relato de la realidad que cada uno vive, diría yo. El hombre es muy limitado para aprehender toda la verdad. Lo que sí podemos hacer es integrar perspectivas, puntos de vista. Eso es muy orteguiano. Diferentes fuentes, diferentes opiniones, diferentes medios, incluso medios que tienen posiciones editoriales distintas.

-Pero para eso tendríamos que ser tolerantes con el que piensa diferente, y no parece que lo logremos.

-No lo parece por los políticos. Quieren el poder y siempre lo han querido. Lo que mueve al mundo no es el sexo, y en eso discrepo de Freud, sino el poder. Y los políticos hacen lo que sea para conservarlo.

-Ortega los llamaba "individuos de segunda clase". ¿No han evolucionado?

-Por supuesto que no. Y de hecho sería interesante ver a los grandes políticos a lo largo de la historia y compararlos con los que tenemos hoy. No sé si pasarían la prueba. Churchill ha pasado la prueba del tiempo. No sé si Mitterrand la pasará. La Reina Isabel de Inglaterra ha pasado la prueba del tiempo, pero no sé si Pedro Sánchez la pasará. Creo que la política nos da una dimensión de nuestro tiempo. Ortega dice: "Todo hombre es todo aquello que su tiempo le invita a ser".

-¿Y qué nos invita a ser este tiempo?

-Creo que el tiempo político que estamos viviendo hoy en particular tiene fecha de inicio y fue 2008. La caída de Lehman Brothers. Eso ha demostrado que estamos en manos del capital. También de segunda clase en ese sentido. No es una crítica, es una descripción.

Continúa en página 4

ENTREVISTA —

Viene de página 3

Creo que los políticos gestionan las migajas que les deja el poder económico. La crisis de 2008 devino en un terreno propicio para el populismo, para el surgimiento de políticos como Milei o Donald Trump. O para que ocurriera un Brexit en 2015. Vivimos un tiempo en el que lo improbable acaba ocurriendo.

-Ante la tolerancia de la sociedad...

-Hay una indolencia de una sociedad hedonista y acomodada que elige a estos políticos que están en los extremos. No deja de ser una sociedad egoísta. Acuerdo con Steven Levitsky, autor junto a Daniel Ziblatt del libro *Cómo mueren las democracias*: la democracia no muere de repente, muere lentamente, es una agonía. Y en eso estamos.

Desde que llegó al país, en julio de 1916, Ortega entabló con la Argentina una relación de particular intensidad que se extendió a lo largo de toda su vida.

Volvió dos veces y, en la última (1939) se quedó tres años como exiliado del franquismo. Símbolo de aquel flechazo es la frase que grabada a fuego en el inconsciente colectivo nacional - aún hoy nos interpela: "Argentinos, a las cosas".

Vale la pena recordar el párrafo que contenía ese convite a la acción, pronunciado durante una conferencia que Ortega dio en el Salón Dorado de la Municipalidad de La Plata en noviembre de 1939: "Tengo una gran fe en mi prédica -paladina o solapada, pero constante ante los argentinos- mi prédica que grita: ¡ Argentinos, a las cosas, a las cosas! Déjense de cuestiones previas personales, suspicacias y narcisismos. No presumen ustedes el brinco magnífico que dará este país el día que sus hombres se resuelvan de una vez, bravamente, a abrirse el pecho a las cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales, que son egregias, su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental secuestradas por los complejos de lo personal".

-¿Cree que los argentinos le hicimos caso a Ortega en eso de ir "a las cosas"?

-No, decididamente. Creo que a principios del siglo XX la Argentina estaba llamada a ser una de las grandes potencias mundiales. El músculo que tenía ese pueblo era para ser Japón. Y en algún momento eso se perdió. En esa frase yo leo una alerta. Estaba diciendo que toda esa potencia que tenía la Argentina, con toda esa riqueza agrícola y ganadera, si no se proyectaba en un plan de país...

-Usted deja notar que en sus años finales Ortega sentía un desencanto, un vacío.

-Sí, vacío, decepción. Tanto con la política como con el periodismo. En el año 32 empieza lo que se llama su segunda navegación, y escribe más artículos de contenido filosófico. Es como una retirada. Publica, pero ya no vuelve a ser el articulista político que había sido.

-Su paso por la política lo decepcionó...

-Lo escribí en una columna de LA NACION, en 1932. Pensaba que al político no le interesaba la verdad y que si lo movía era un mero utilitarismo. En este terreno hemos ganado en confort y tecnología, pero no en ética.

-¿Qué mundo entonces estamos dejando nosotros?

-Vuelvo a decir que yo soy optimista. Creo que cada generación siente que su momento es el más difícil. Pero los problemas siempre son vitales en el momento que se viven. Todos los tenemos y todos debemos convivir con ellos, y con eso hacer la vida. Es la "razón vital" de Ortega, que dice que la vida nos es dada sin pedirlo. Nos encontramos con una vida por hacer. Por eso lo primero que hace el hombre es hacer su vida. Nuestra vida se convierte en nuestro quehacer, es el principio de la razón vital. Al "pienso luego existo" de Descartes, Ortega dice no, porque existo, pienso. Antes que el pensamiento, la vida.

-¿Cómo aprovechar hoy ese ideario?

-El dice esa famosa frase "Yo soy yo y mis circunstancias, si no la salvo a ella no me salvo yo". Salvación en el sentido de vivir este momento tomando las decisiones que el contexto exige, haciéndonos cargo, resolviendo. Hay problemas que nos alarman, pero antes había otros, quizá peores. Creo que vamos en la dirección correcta. ●



José Ortega Gasset, con su esposa y su hijo, en Hamburgo, en 1949

KEYSTONE / HULTON ARCHIVE / GETTY

Ortega y Gasset, columnista

Entre 1923 y 1940, el filósofo español publicó 226 artículos en LA NACION sobre los temas más variados, algunos de los cuales levantaron ruidosas polémicas

Ana D'Onofrio
PARA LA NACION

66 **T** tiempo, distancia y forma en el arte de Proust", una columna a cuento de la muerte del autor de *En busca del tiempo perdido*, marca el debut de José Ortega y Gasset en LA NACION, el 14 de enero de 1923. Dos meses más tarde firmó "El ocaso de las revoluciones", parte de *El tema de nuestro tiempo*, un libro muy significativo que el diario publicó por entregas.

Había firmado un contrato por el que recibiría 500 pesetas por artículo, lo que al año serían unas 24.000 pesetas si enviaba cuatro al mes. La cifra fue determinante para cerrar el trato, ya que a Ortega se le hacía difícil vivir solo de su cátedra universitaria y de las colaboraciones que simultáneamente publicaba en el diario español *El Sol*. Años más tarde, cuando cortó su relación con este último periódico por diferencias con su línea editorial, y *El Espectador* dejó de editarse debido a la Guerra Civil Española, LA NACION se convirtió en su único ingreso.

El grueso de sus colaboraciones sumaron 226 y se publicaron entre 1923 y 1940. A estas hay que sumar tres más, aparecidas en junio-julio de 1952, sobre los coloquios realizados en la ciudad alemana de Darmstadt durante un encuentro sobre arquitectura al que asistieron, claro está, muchos profesionales de la especialidad, aunque la nota fue la presencia de dos figuras predominantes de la filosofía de la época, el alemán Martin Heidegger y el propio Ortega.

Antes de su segunda visita a la Argentina, que hizo en 1928, ya había publicado 75 artículos sobre una amplia gama de temas. Como dice Marta Campomar, autora de *Ortega y Gasset en la Nación*, "no hay oficio, incluyendo el de teólogo, con el cual no haya polemizado desde las columnas".

El éxito y la trascendencia del filósofo en Hispanoamérica creció exponencialmente en la década del 20, y así se puso de manifiesto en este nuevo viaje, promovido y financiado por la sociedad Amigos del Arte y el propio diario.

Pero habían pasado los años, Ortega y los argentinos ya se conocían y no faltaron críticas de intelectuales locales ante su llegada. Campomar habla en su libro de "agresiva bienvenida" al filósofo. Proveniente, podría pensarse, de almas incómodas ante el espejo que en letras de molde mostraba el pensamiento de Ortega.

"La Pampa... promesas", primera parte de un artículo titulado "Intimidades", que publicó en *El Espectador* al regresar a España, había generado especial escándalo. Allí Ortega decía: "Acaso lo esencial de la vida argentina es eso, ser promesa. [...] Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo. [...] Cada cual vive vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad".

"El hombre a la defensiva" fue la segunda parte de ese escrito, y Ortega se refirió a ese texto en LA NACION del 13 de abril de 1930, en un artículo que tituló: "Por qué he escrito el hombre a la defensiva". Dice ahí que hay una "hostilidad germinante" en su contra, que él ya había sospechado y asumido antes de escribir "Intimidades". Pero, explica, su deuda con la Argentina es tan grande que no ha tenido más remedio que asumir su obligación y señalar su desmoralización.

Desde su regreso a España y hasta 1940, Ortega firmará 151 columnas en este diario, que será durante todo ese tiempo su tribuna americana. En 1931 rompe relaciones con *El Sol*, cierra *El Espectador* en 1934 y la Guerra Civil impone en el stand by de la *Revista de Occidente* en 1936.

Cansado y decepcionado, en el verano

de 1932 decide dar por terminada su actividad política y da comienzo a lo que se llamó su "segunda navegación", que es, según Campomar, "el comienzo del gran drama espiritual de Ortega".

Con Europa convaleciente aún de la Gran Guerra y una España que ya engendraba la Guerra Civil, sus ensayos se apartaron de los temas políticos y el lenguaje combativo para tomar un cariz filosófico, más suave y a tono con el contenido de sus reflexiones.

Al pesar que le causa la muerte de su amigo Miguel de Unamuno en diciembre de 1936, a quien despide con un obituario titulado "Unamuno ha muerto de mal de España", los meses siguientes le suman otro mal trago. Una columna del escritor Alfonso de LaFerrere ("La idolatría del intelectual"), publicada en LA NACION el 11 de julio de 1937, donde se lo responsabiliza de empujar a España al "holocausto" de la República, es percibida como una afrenta por Ortega y renuncia al diario.

Más de dos años tardó el director del suplemento literario de LA NACION, el escritor Eduardo Mallea, en convencer al pensador para que volviera al diario. Le escribe carta tras carta hasta que finalmente, a mediados de 1939, Ortega viaja a la Argentina, se restablece el vínculo y su firma vuelve a estas páginas, pero solo por un año.

Lo aquejan varias cosas: el exilio, la nostalgia, los problemas económicos y una salud que empieza a fallar. No quiere escribir más artículos, al menos de forma continuada. En el sexto tomo de las *Obras Completas*, que reúne textos publicados entre 1941 y 1955, año de la muerte de Ortega (entonces de 72 años), se explica que "en esta época son muy pocas las obras que responden a esta forma de publicación que había sido tan propia del filósofo". ●

EL MUNDO —

Gary Kasparov. "Putin va a violar el pacto, como hizo docenas de veces"

El excampeón mundial de ajedrez, un ferviente detractor del líder ruso y de la guerra en Ucrania, advierte sobre el acercamiento de Trump al Kremlin; el objetivo, dice, es volver a Europa más débil

Josep Catá Figuls y Ana Pantaloni
EL PAÍS

Aquel que en su gran época frente a los tableros de ajedrez recibió el apodo de el Ogro de Bakú realmente puede serlo en ocasiones: detrás de sus pobladas cejas y ojos finos pero severos hay determinación y pocas ganas de perder el tiempo. Eso se nota en algunas de sus respuestas, cortantes y bruscas. Pero si Gary Kasparov (Bakú, actual Azerbaián) es a sus 61 años expeditivo es porque hay mucho en juego. Y no en el tablero. Por este motivo también sabe ser didáctico, y a veces hasta a fable. Residente en Nueva York, el que fue campeón del mundo de ajedrez durante dos décadas es uno de los más firmes opositores al presidente de Rusia, Vladimir Putin, y por esto su vida no es algo que se pueda dar por sentado: sus movimientos están constantemente controlados por la seguridad, y ni puede salir al pasillo para hacer la foto de la entrevista, que durará solo 15 minutos. Solo saldrá un rato del habitáculo para dar una charla, organizada por el Mobile World Capital, en el Talent Arena del Mobile World Congress sobre inteligencia artificial, aquel viejo rival al que le ganó en una partida de ajedrez en

1996, para luego perder en la revancha del año siguiente.

—¿Sale Putin reforzado tras el encontronazo en la Casa Blanca entre Trump y Zelensky?

—Obviamente, pero lo que se lee entre líneas es más complicado. El mayor instigador fue [el vicepresidente de Estados Unidos], J. D. Vance. Es muy inusual que un vicepresidente esté en estas reuniones. Creo que la Administración Trump está muy dividida en este tema, y hay quien presiona a Trump, que tampoco se resiste, a abrazar a Putin para hacer dinero. Es gente que está detrás de Vance como Musk, Donald Trump Jr., Jared Kushner, y otros. Pero luego hay un grupo silencioso, quizá mayoritario, con gente como Susie Wiles o Ted Cruz, que no aceptan que Estados Unidos se convierta en aliada de Putin. Que creen que Putin es un criminal con el que no se puede pactar, y que hay que asegurar que Ucrania venza y él es derrotado.

—¿Qué quiere Donald Trump?

—Trump había sido muy suave con Macron o Starmer. Está viejo, solo quiere un buen show de televisión. Vance estaba ahí para asegurarse de que no fuese así. Es quien pro-

voca a Zelensky, y este comete un error, en mi opinión, que es que tendría que haberlo ignorado. El trato estaba hecho, pero Vance lo encendió, y entonces Trump se enfadó, y mucho. Zelensky solo quería corregir a Vance, que tiene la capacidad de insultarle y mentirte a la cara como si nada. Como cuando en la Conferencia de Múnich les dijo a los europeos que eran irrelevantes. La agenda es la misma que la de Putin: hacer a Europa débil.

—Europa ya está débil.

—Sí, pero lo es por decisión, no por definición. Tiene recursos, dinero, gente, industria, es un nodo de historia. Si quiere constituirse en una Europa fuerte, tiene que reconsiderar muchas cosas. De entrada, los mecanismos de decisión: no se tiene que decidir todo por unanimidad, porque siempre habrá un caballo de Troya, como [el primer ministro húngaro, Viktor] Orbán o [el primer ministro de Eslovaquia, Robert] Fico. Tampoco puede confiar en Estados Unidos para la seguridad, tiene que construirse la suya.

—En este nuevo escenario con Trump, ¿de qué es capaz Putin?

—De cualquier cosa, y esto es muy importante entenderlo: piense en

los crímenes más terribles, y multiplíquelos por diez. Prepárese para lo peor. No sé concretamente qué hará, pero si lo que tiene planeado, porque lo ha dicho, lo repite su propaganda: en su mundo, Ucrania no existe, es un puñado de rusos que hablan un ruso distorsionado. Y esta narrativa empieza en el jardín de infantes. No creo que haya leído muchos libros, pero es un animal político, y sabe que no puede haber un imperio ruso sin Ucrania. Así que aunque haya un cese temporal de las hostilidades, no habrá paz duradera. Trump puede soñar con ella, pero para que haya paz duradera tiene que haber un terreno común. Putin violará el pacto cuando lo crea conveniente, como ha hecho docenas de veces. La guerra contra el mundo libre continuará. Puede que vea a Trump como un idiota muy útil para conseguir lo que quiere: debilitar Europa, debilitar la OTAN y que esta vuelva a las fronteras de 1997.

—Dentro de Rusia, la oposición como la que usted representa...

—¿La qué?

—La oposición a Putin, puede...

—¿Es una broma? ¿Eso no existe?

—¿Pero cómo? Esto es la Alemania nazi en 1943, la España de Franco

de 1960, y eso que aquel Franco era mucho menos cruel que el Putin de hoy. Es un dictador fascista. ¿Había oposición de verdad, entonces? ¿Resistencia? No, era una dictadura. Y Putin es más como Franco en 1941. La gente sigue preguntando si la oposición rusa puede hacer algo y, mientras, Boris Nemtsov fue asesinado, Alexéi Navalny fue asesinado, miles de personas están en la cárcel solo por sus tuits, por expresar dudas sobre la guerra.

—¿Usted vive con miedo?

—¿Serviría de algo? No. Tengo que afrontarlo, con la consigna de los disidentes soviéticos: "Haz lo que debes y que así sea". Muchos de mis amigos y aliados han sido asesinados. Y todos enfrentamos una gran amenaza, especialmente con Trump siendo tan amigo de Putin. ¿Que debo hacer? Dejar de hablar no es una opción.

—Usted se enfrentó a Putin y también se enfrentó a una IA. ¿Con cuál se sintió más vulnerable?

—La IA no amenaza mi vida, al contrario, ofrece beneficios y oportunidades, soy muy optimista. Nuestro problema es Putin y otros terroristas y dictadores. Son los humanos los que tienen el monopolio del mal.

—¿Esta tecnología no se puede usar también para el mal?

—¿Y quién la usará? Los humanos. Si un martillo con el que se construyen casas se usa para un asesinato, no se culpa al martillo, ¿no? Claro que la IA es una herramienta muy poderosa, igual que lo es la física nuclear, que se puede usar para una bomba o para iluminar toda una ciudad.

—¿Cómo ha evolucionado su visión sobre la IA desde que jugó contra Deep Blue?

—Fui el primer ser humano que reconoció que esta relación tiene que ser de colaboración, no de competición. Al principio pasé por un periodo corto de frustración, para luego pensar como pienso ahora: tenemos que encontrar el mejor algoritmo y colaborar para beneficiarnos. No seremos reemplazados. Más bien seremos apoyados.

—¿Qué riesgos hay en depender de la IA?

—Siempre hemos dependido de las herramientas que recogen datos, así que ahora pedir consejo al Chat GPT es una tentación. Pero sigue siendo tu decisión. La tecnología empodera a los instintos de la humanidad, ya sean los buenos o los malos. Es como un amplificador. Pero al final, muestra quiénes somos, como un espejo. Si no te gusta lo que ves, uno puede romper el espejo, o empezar a ponerte en forma, ¿no?

—¿Todavía juega al ajedrez?

—Depende de la definición de "jugar". Para mí, jugar significa hacerlo profesionalmente. Todavía voy a exhibiciones, me divierto. Pero en broma me considero el amateur más poderoso del planeta.

—¿Cómo ha cambiado la IA la manera de jugar?

—Ha tenido una influencia masiva, como en todo lo demás. En las aperturas, en ser más prudente y evitar jugadas ambiguas, en no ser una víctima inmediata. Muchos jugadores jóvenes no ven el ajedrez de la misma forma que se veía antes: es como de máquina, porque han estado entrenando con ellas en las últimas dos décadas, y es muy difícil para ellos alejar la vista de las pantallas. Igualmente, el ajedrez ha hecho un progreso brutal. Hay cientos de millones de personas jugando, y eso es gracias a los ordenadores, la tecnología: las máquinas juegan mejor que los humanos, pero a la vez permiten que más humanos jueguen. ●



Gary Kasparov, excampeón mundial de ajedrez

OLEK NIKISHIN / GETTY

SOCIEDAD —

Covid y después. La pandemia cambió el mundo, pero no tal como se preveía

Exaltación del presente, irrupción de los jóvenes, digitalización creciente, polarización; a cinco años del inicio de la cuarentena, se perfilan transformaciones que definen el hoy

Gabriela Origlia
PARA LA NACION

En el primer minuto del 20 de marzo de 2020 comenzó oficialmente la cuarentena por el Covid-19 en la Argentina. La anunció el entonces presidente Alberto Fernández; dos meses antes la enfermedad había sido caracterizada como pandemia por la Organización Mundial de la Salud (ahora, según anunció Javier Milei, el país abandonará el organismo, al que calificó de "nefasto").

Por esos tiempos, cuando los contagios y las muertes se contaban en tiempo real, especialistas de distintos ámbitos proyectaban que, con la vuelta a la normalidad, habría cambios en varios órdenes. Los humanos, arriesgaban, saldrían diferentes. Más solidarios y empáticos. La cooperación internacional permanecería.

A cinco años del inicio de la cuarentena, ¿qué quedó de aquellos vaticinios? ¿Viró el mundo de acuerdo a ellos o los cambios pasaron por otro lado? Y en cualquier caso, ¿qué tan profundas fueron esas transformaciones? Podemos adelantar algo: todos los analistas consultados coinciden en que la pandemia, sobre todo, aceleró y profundizó tendencias que ya se vislumbraban.

La Argentina registró la cuarentena temprana más estricta del mundo, y aunque a fines de mayo de 2020 había pasado al puesto 15, rápidamente volvió a escalar posiciones y todo el primer año de pandemia se mantuvo en el top 10. Otra cuestión es cuánto respetaron los argentinos el aislamiento. Por empezar, los escándalos protagonizados por Alberto Fernández y algunos de sus funcionarios, como el "vacunatorio VIP" y el festejo de cumpleaños de Fabiola Yañez, sumados a la crisis económica, fueron factores clave en el humor social que culminó con Javier Milei como presidente. Vaya cambio.

La pandemia fue la mayor crisis después de la Segunda Guerra Mundial, tanto en términos sanitarios como económicos y sociales. "Sacudió las bases de nuestra civilización y la relación de nuestra cultura con la muerte" dice el ensayista Alejandro Katz. "Produjo una revolución en nuestra certidumbre;

quebró todo el saber técnico y el esfuerzo civilizatorio al servicio de postergar la muerte. Afectó la relación con los otros y con el futuro, que se hizo más aleatorio, menos controlable. En consecuencia, la sociedad se volvió más hedonista, más presentista".

Hasta la irrupción del Covid-19, que provocó más de 20 millones de decesos en el mundo según los últimos datos de la OMS, en Occidente la muerte era considerada "un defecto que le ocurría a aquellos que no controlaban debilidades como comer mal, fumar, consumir drogas", dice Katz. "Una suerte de moralización de la vida hacia que la muerte fuera considerada una responsabilidad de quien la sufre. Y, si no sobreviven por defectos morales, llegaba por 'defecto genético', por 'agarrarse' una enfermedad". Katz entiende que la pandemia puso en cuestión esta idea: "La muerte puede ocurrir más allá de las virtudes morales y de las técnicas para tratar una enfermedad. Pone en cuestión saberes y técnicas".

Jorge Ossona, historiador y profesor de historia económica y social argentina, admite que las sociedades tienden a sobrevalorar las coyunturas y los efectos que pueden generar: "Cuando se producen crisis negativas como las guerras mundiales, todos piensan en el día después, pero la realidad se termina burlando de eso -previene-. Lo que se creía muerto no estaba tanto; y subyacen novedades, pero hay que regular el zoom para advertirlas. Ningún proceso de los que dejó la pandemia es del todo nuevo, pero sí cambió la sintonía, el volumen. La zaga del aislamiento es la acentuación de procesos congénitos de la modernidad".

Ossona, también investigador de la facultad de Ciencias Económicas de la UBA, coincide con Katz en que se vive un presente continuo más intenso. "Hay una mayor ansiedad en la calle. También, cierto fatalismo respecto de la muerte y de las enfermedades. Y un retorno a las concepciones religiosas, a la idea de fuerzas trascendentes, porque la muerte está a la vuelta de la esquina. Eso convive con más digitalización. La pandemia dejó, además,

un plebeyismo en términos comunicacionales, decir lo que se piensa, sin filtro, con un maniqueísmo en el que no hay grises".

Katz comparte: "La contención en el decir tiene que ver con la construcción de relaciones de largo plazo, como el mundo se presentifica, el insulto y el agravio se generalizan. No importa que pueda haber represalias futuras por un acto del presente. Lo que podría pasar en el futuro deja de interesarnos".

Reconfiguración política

Ossona señala que en la Argentina la pandemia ayudó a poner fin a un ciclo. "La polarización se acentuó, se empobrecieron aún más los conurbanos y también la clase media, en medio de una administración estatal que fue un fracaso absoluto. Estos factores le permitieron ganar a Milei, que es el exponente de una corriente global más vasta, pero que debe ser leído en clave local", sostiene. "La Argentina nunca fue republicana y liberal. Sus élites pueden serlo, pero es un país conservador. Los populismos no creen en las mediaciones. Hoy la masa se expresa menos en las plazas y más en las redes sociales".

En términos geopolíticos globales, el politólogo Andrés Malamud sostiene que la pandemia profundizó los nacionalismos de uno y otro signo ideológico y la desconfianza de Occidente hacia China. "Pero, antes de eso, la crisis financiera de 2008 había tenido un efecto aún más disolvente: alimentó la desconfianza del mundo en la fortaleza de Occidente", advierte.

Al inicio de la pandemia se profetizaba que aumentaría la acción del Estado, junto con los lazos de solidaridad entre Estados. Hoy, sin embargo, vemos un debilitamiento del multilateralismo y de los vínculos de cooperación internacional. "Vamos hacia un retorno de las esferas de influencia, la redefinición de fronteras y el derecho del más fuerte (*might makes right*). Pero cuidado, la pandemia exacerbó este efecto, no lo produjo", señala Malamud.

Para Ossona, el mundo vive hoy en un equilibrio basado en el terror. "Está el neoimperialismo ru-



El periodo de confinamiento modificó la noción de futuro de los jóvenes

so. Trump quiere avanzar sobre Groenlandia y Panamá; China, sobre Taiwan. Se reabren viejas fricciones entre Rusia y China", enumera.

Por su parte, el economista Luis Palma Cané observa que líderes de extrema derecha como el húngaro Orbán, Trump, Bolsonaro y el propio Milei reniegan del multilateralismo. "Estamos en un mundo dividido en bloques", dice.

Para Palma Cané, la alteración de las líneas de abastecimiento que provocó la pandemia representa un tema de seguridad geopolítica, más que económico. "La premisa es que no vuelva a repetirse el desabastecimiento. Cada país productor puso énfasis en reemplazar a sus proveedores externos, con todo lo que eso significa en términos de costos, eficiencia y seguridad de aprovisionamiento", apunta. Fue una respuesta a la interrupción de los flujos comerciales. "Muchos países hicieron una especie de sustitución de importaciones. Eso en alguna medida se mantuvo y modificó la dinámica del comercio internacional".

Rol clave de los jóvenes

Especialista en tendencias sociales y consumo, Guillermo Oliveto observó en mayo de 2020 que los cambios de los que se hablaban entonces serían menos drásticos de lo esperado. Creyó, desde el arranque, que la "normalidad", tal como se la conocía, regresaría pronto aunque con algunas modificaciones. Esperaba, entonces, "la revancha de la vida, porque ese mundo de encierro se llevaba a las patadas con la libertad por la que había siempre

luchado la humanidad". En su libro *Humanidad ampliada* analizó la pospandemia y planteó un mundo marcado por dos grandes fuerzas, la tecnología y el consumo.

Los consultados enfatizan que la demanda social pasó de la preservación, durante el Covid, a la de libertad, tras la pandemia. En la Argentina, como dice Ossona, eso coincidió con "un fin de ciclo" marcado por el protagonismo de las redes sociales. De allí surgió el apoyo de los jóvenes que constituyeron la base de despegue de Milei.

"La gente volvió a todo —señala Oliveto—. A los recitales, a los shoppings, a los estadios. El cambio más fuerte es psicológico que repercute sobre las demás áreas. La población global vivenció la vulnerabilidad, la noción de finitud, y eso llevó a un proceso en el que se conjugan estos efectos y las plataformas tecnológicas. Además, estuvimos dos años viviendo en la caverna digital y las plataformas aprendieron mucho de nuestros patrones de conductas". Oliveto apunta que surgió una suerte de "cultura ciborg, un híbrido humano/tecnológico, muy agudizada, imprescindible para sobrevivir. En noviembre de 2022 el ChatGPT irrumpe en lo cotidiano y eso termina de cuajar".

A ese escenario, Oliveto le agrega una nueva relación con el tiempo. "De la posmodernidad venía el 'vivir todo' y a eso se le sumó el 'todo es ahora'. Hay un cambio en la concepción psíquica del tiempo y eso se traduce en plataformas que traen la cultura de la instantaneidad. Más velocidad, gula vital, ansiedad".

Añade que quedó una concep-



SHUTTERSTOCK

Al final, resultó que los alarmistas del virus tenían razón

La pandemia cambió el mundo, pero su impacto fue tal que produjo una actitud de negación que aún se mantiene

David Wallace-Wells
THE NEW YORK TIMES

Han pasado cinco años y ha dejado más de 20 millones de muertes en todo el mundo. El primer caso oficial se produjo en diciembre de 2019. La Organización Mundial de la Salud declaró el Covid una emergencia de salud pública a finales de enero de 2020. Lo que siguió fue un trauma de alcance global: años de mortalidad masiva, infecciones y profundas alteraciones, incluso en la vida de las personas relativamente seguras.

Aquel torbellino histórico y mundial, un acontecimiento de una mortalidad impensable, transformó nuestro mundo. Pero vale la pena recordar dónde empezaron las cosas, ya hace media década.

Mi primer indicio llegó a través de Twitter el 31 de diciembre de 2019, cuando vi a la periodista Helen Branswell advirtiendo de "neumonías no explicadas" en China. Los pasos que seguiría la historia eran familiares, ya que Hollywood y la ciencia ficción nos habían enseñado todo sobre las emergencias de salud mundiales y lo que podría hacerse para detenerlas.

Pero aunque podía imaginarme una pandemia en la pantalla, realmente no podía creer que acabaríamos viviendo una, así de arraigadas estaban mis intuiciones de que las plagas eran —al menos en el mundo adinerado— cosa del pasado. Oyera lo que oyera a los científicos sobre los riesgos de tal o cual brote futuro, yo vivía firmemente en la negación epidemiológica.

Hace poco el escritor y conductor de podcast Sam Harris contó que había hecho una apuesta con su antiguo amigo Elon Musk al principio de la pandemia. La intuición de Musk era que todo el asunto desaparecería. El 19 de marzo de 2020 tuitó que "según las tendencias actuales", el país se dirigía a no tener nuevos casos para finales de abril, y apostó con Harris a que el brote produciría menos de 35.000 casos en total. Cuando el recuento oficial de muertes por Covid superó los 35.000 en abril, Harris escribió a Musk para preguntarle, con descaro, si eso significaba que había ganado la apuesta. Musk no respondió. De hecho, según el relato de Harris, ese fue el final de su amistad y el momento en que vio a su antiguo camarada desaparecer en una especie de realidad alternativa.

Hoy, la cifra oficial de muertes por Covid en Estados Uni-

dos asciende a 1,22 millones. En otras palabras, los alarmistas se acercaron más a la verdad que nadie. Eso incluye a Anthony Fauci, quien en marzo de 2020 predijo entre 100.000 y 200.000 muertes en Estados Unidos y fue calificado de histórico por ello. Lo mismo ocurrió con el científico británico Neil Ferguson, cuyo modelo del Imperial College sugería que la enfermedad podría acabar infectando a más del 80% de los estadounidenses y matando a 2,2 millones. Afortunadamente, el país se vacunó en masa antes de que se infectara el 80%, pero ya en marzo de 2020 Donald Trump y Deborah Birx (quien ayudó a dirigir la respuesta a la pandemia de la Casa Blanca) parecían referirse a la cifra de Ferguson para atribuirse el mérito de haber evitado más de dos millones de muertes, un éxito que adjudicaron a las directivas de resguardarse en casa, al cierre de empresas y las restricciones de viaje.

Cinco años después, aunque el mundo ha quedado marcado por todas esas muertes y enfermedades, se considera histórico narrar la historia de la pandemia centrándose en eso. Aquellos que minimizan el Covid y los escépticos de las vacunas ahora dirigen las agencias de salud del país. Pero la reacción no es solo de la derecha. Muchos estados le han atado las manos a las autoridades de salud pública a la hora de hacer frente a futuras amenazas pandémicas, y se han implantado prohibiciones de mascarillas en estados tan

demócratas como Nueva York. Todo el mundo tiene una queja sobre cómo se gestionó la pandemia, y muchas de ellas son legítimas. Pero nuestros recuerdos están tan deformados por la negación, la represión y la sublimación, que el revisionismo del Covid ya ni siquiera puede considerarse noticia.

Lo cierto es que en algunos países donde la vacunación fue más universal que aquí, como en el Reino Unido, las vacunas pusieron fin a la emergencia pandémica. Los opositores estadounidenses han señalado a menudo a Suecia para sugerir que era posible una alternativa menos agresiva, pero incluso el arquitecto de esa política, quien debe su renombre mundial a la historia del excepcionalismo sueco, ha pasado el quinto aniversario subrayando, entre otras lecciones, lo similar que fue el enfoque de su país al del resto del mundo.

La respuesta a la pandemia no fue perfecta. Pero la pandemia en sí fue real, y severa. Sobre todo, puso de manifiesto nuestra vulnerabilidad: biológica, social y política. Y tras la emergencia, los estadounidenses han mirado en gran medida hacia otro lado, eligiendo ver la experiencia no tanto en términos de muerte y enfermedad, sino en términos de histeria social e incluso de extralimitación de la salud pública. Para muchos, la lección principal fue que el mundo de los humanos, como el de los microbios, es despiadado.

Pero las consecuencias y las repercusiones también fueron más sutiles y difusas: no es fácil vivir aislados y con miedo, a menudo en línea gran parte del tiempo y rodeados de una enfermedad y una mortalidad excepcionales, mientras veíamos cómo se suprimían o desgarraban aspectos del mundo y de nuestras propias vidas que durante mucho tiempo habíamos dado por sentados. Y no es fácil superar todo eso, por más ansiosos que estuviéramos de "volver a la normalidad". Vivimos la cantidad de muertes que precedían algunos de los peores escenarios, y sin un espasmo inicial de solidaridad inspiradora y milagrosa intervención biomédica, podría haber sido peor. Pero cuando emergimos al otro lado —con un millón y medio de estadounidenses menos— estábamos, como país, agotados, resentidos, engañados y desconfiados. Gran parte del mundo en el que ahora vivimos se formó en ese crisol. ●

ción del bienestar más integral, más holística, en la que venían insistiendo los *centennials* y que hoy es un fenómeno transgeneracional que pone todo en debate: "Me quiero sentir bien y es ahora. No sé cuánto durará y sé que la vida se termina —ejemplifica—. Eso es lo que rige".

El psicólogo Damian Klor cree que la pospandemia dejó mucho que procesar y focaliza en el impacto que tuvo en los más jóvenes en lo educativo. "La pésima gestión en educación, el cierre irresponsable de las instituciones generó trastornos del aprendizaje que hoy cualquier maestra de los últimos grados de la primaria pueden confirmar. Gran parte de los alumnos del secundario están desprovistos de motivación para el aprendizaje porque durante dos años no se les exigió prácticamente nada".

Vivir el hoy

Además, señala que, con el pretexto de haber estado encerrados a sus 16 y 17 años y haberse perdido, por ejemplo, el viaje de egresados a Bariloche, muchos jóvenes se sienten con derecho a salir todos los días, a hacer y probar, para "aprovechar" el tiempo perdido. "Del otro lado, muchos padres se sienten culpables y solidarios con ellos y dan permisos contraproducentes. Por ejemplo, hoy tenemos el flagelo de las apuestas online, una problemática joven que, si bien existía desde antes, se masificó".

Katz ve una juventud menos comprometida con la idea de una carrera profesional, pues todo esfuerzo implica postergar algo del presente en vistas al futuro. Esa conducta in-

cluye sobre la configuración política, añade, ya que se interpreta que el esfuerzo para garantizar futuro no es conveniente. "El concepto de Estado de bienestar implica garantizar condiciones para que el futuro no dependa solo del patrimonio, para poder proyectar con cierta estabilidad ya que, aun sin ser rico, se cobra algo, se tiene acceso a cuidados, aun sin ahorros los hijos irán escuela y tendrán atención médica. Todo eso tambalea si la vida se orienta solo al hoy y olvida el mañana".

También en el mundo laboral la influencia de los jóvenes se hizo más notoria. Andrés Hatum, profesor de la Escuela de Negocios de la UTDT, señala que en los peores momentos del Covid, en paralelo al miedo de morir, corrió el de perder el trabajo. "Terminó con la ruptura de un paradigma: se puede estar afuera de la oficina y ser productivos —dice—. Después de un tiempo hubo voces críticas y algunas corporaciones muy importantes hicieron volver a sus empleados a la oficina. Con gente que renunciaba, hubo una vuelta atrás al menos en la exigencia de presencialidad diaria. Hacer volver es una tendencia dinosauria, de organizaciones prehistóricas". Hoy en la empresa hay más comprensión de que se necesita calidad de vida, agrega. "Pero esto no significa que el salario emocional pueda reemplazar al buen pago real", advierte.

Como antes las grandes guerras, la pandemia dejó su marca y el mundo ya no fue el mismo. Aceleró procesos, inició otros, y echó un manto de incertidumbre quizá asociada a la sombra de nuestra ahora ineludible condición finita. ●

Fue un torbellino histórico de una mortalidad impensable

Salimos de la pandemia agotados, resentidos, engañados, desconfiados

ANÁLISIS —

Cambio de época. El nuevo desorden internacional plantea un desafío urgente

Los debates de la Conferencia de Seguridad de Múnich exhibieron la brecha creciente entre EE.UU. y Europa, en un mundo donde ya nada es lo que era

Daiana Fernández Molero
PARA LA NACION



Trump y su vicepresidente, J.D. Vance, reprenden a Zelensky en el Salón Oval

DOUGLAS MILLS / NYT

El orden global forjado tras la Segunda Guerra Mundial se desmorona. Las reglas comerciales y las alianzas políticas que lo sostuvieron durante décadas están en crisis, sin señales de recuperación. El mundo vuelve a ser un lugar donde la fuerza bruta, económica o militar, se impone como herramienta legítima de poder. La creciente multipolaridad no solo ha intensificado la competencia entre distintos modelos de gobernanza, sino que también ha debilitado los mecanismos de cooperación global, dificultando respuestas conjuntas ante crisis compartidas.

Esta disrupción se reflejó en la reciente Conferencia de Seguridad de Múnich (MSC), que más que un foro sobre defensa, es un termómetro geopolítico. Allí, el debate expuso el cambio de época que vive Occidente. Mientras en 2024 la discusión giró en torno a la defensa del orden basado en reglas ante amenazas externas, en la MSC 2025 se expuso una fractura más profunda: la inminente ruptura de Occidente consigo mismo. Además, la relación transatlántica vivió el momento más tenso de los

últimos años tras el discurso del vicepresidente de los Estados Unidos, J.D. Vance, que no solo cuestionó la libertad de expresión y la democracia en los gobiernos europeos, sino que también puso en duda la continuidad del rol de Estados Unidos como aliado preferencial de Europa y garante del orden global.

Los hechos ocurridos tras la Conferencia de Múnich confirmaron la fractura del mundo que conocíamos. La reunión entre Trump y Zelensky y la retirada del apoyo de Estados Unidos a Ucrania dejaron en claro su repliegue global, forzando a Europa a reaccionar. La convocatoria del Reino Unido a Zelensky para ofrecerle apoyo es señal de que Europa está comenzando a reorganizarse para retomar el liderazgo.

Una brecha creciente

Más allá de los interrogantes que plantea esta nueva configuración internacional, hay una certeza: Europa enfrenta la mayor crisis de su historia reciente. La dependencia de Washington en materia de seguridad y la pérdida de competitividad frente a otras potencias han convertido a Europa en un actor

cada vez más vulnerable. La falta de autonomía estratégica y la incapacidad de generar sus propios recursos marcan el mayor desafío del continente en décadas.

La brecha creciente entre Estados Unidos y sus aliados europeos quedó en evidencia con el discurso de J.D. Vance en Múnich, que generó fuertes repercusiones. Su mensaje reafirmó una postura aislacionista y cuestionó el rol de Washington como garante del orden global. Esto cayó como un balde de agua fría sobre los líderes europeos. Sin embargo, no debería haber sido una sorpresa. Hace un año, en esos mismos escenarios, expertos como Timothy Garton Ash y Niall Ferguson alertaban sobre la falta de conciencia en Europa de que estaba en guerra y la ausencia de inversión en defensa. Pero el continente desoyó las advertencias y afrontó la guerra sin los recursos ni la determinación necesarios.

Para que Europa no repita los errores del pasado, el discurso de Zelensky en Múnich advirtió que Rusia no se detendrá en Ucrania y que Europa no puede ser un espectador en las negociaciones de paz entre Putin y Trump. Para evitar

que Ucrania sea moneda de cambio en un pacto entre potencias, instó a que el continente asegure su lugar en la mesa y garantice un acuerdo que proteja su seguridad a largo plazo.

En Europa tomaron nota y buscan recuperar la iniciativa y evitar que el vacío que deja Estados Unidos sea aprovechado por Rusia.

En este sentido, el pasado fin de semana, el primer ministro británico laborista, Keir Starmer, junto a líderes de Francia, Italia, Alemania y otros países europeos, se reunieron en Londres con el presidente ucraniano y el primer ministro canadiense, Justin Trudeau, para diseñar un plan liderado por Europa con el objetivo de alcanzar la paz en Ucrania. Entre las medidas concretas, el Reino Unido anunció un préstamo de 2200 millones de libras y un financiamiento adicional de 1600 millones en exportaciones para que Kiev pueda adquirir más de 5000 misiles de defensa aérea. Además, acordaron formar una "coalición de los dispuestos" para elaborar un plan de paz que pueda ser presentado a Trump, así como el despliegue de una fuerza multinacional de mantenimiento de la paz con tropas de Francia, el Reino Unido y otros países.

Queda claro que Europa ha tomado conciencia de la necesidad urgente de actuar de manera cohesionada y proactiva en un mundo cada vez más multipolar. La gran incógnita es si, más allá de la voluntad política, será capaz de apuntalar las condiciones económicas para que eso sea viable.

La competitividad en jaque

Otro tema clave de la conferencia fue la guerra comercial iniciada por Trump y la creciente fragilidad de la economía europea. En la sesión "Guerra comercial y paz", la canciller canadiense, Melanie Joly, advirtió que, si Estados Unidos impone fuertes restricciones incluso a socios como Canadá, Europa debe prepararse para medidas aún más duras. Los términos *friendshoring* y *nearshoring*, tan mencionados en la Conferencia de 2024, quedaron en el pasado, por lo menos con los norteamericanos. Pero la apuesta europea debería ser diversificar mercados para reducir su vulnerabilidad. En Múnich, Manfred Weber, líder del Partido Popular Europeo, insistió en la necesidad de acelerar acuerdos comerciales, en especial con América del Sur. En este contexto, el pacto Mercosur-UE, tras años de negociaciones, vuelve a ganar relevancia como alternativa para disminuir la dependencia de Estados Unidos en sectores clave.

Sin embargo, el desafío europeo trasciende a Trump. Otro nombre que resonó casi tanto como el de Vance en los paneles y reuniones privadas fue el de Mario Draghi. Aunque ausente en la conferencia, el expresidente del Banco Central Europeo marcó el debate con su artículo en la *Financial Times* sobre los "aranceles autoimpuestos" de Europa. Su postura es contundente: Europa debe dejar de lamentarse por los aranceles de Estados Unidos y enfocarse en sus propias trabas internas. Draghi advierte que las barreras regulatorias dentro de la UE actúan como aranceles, fragmentando el mercado y restando competitividad a sus empresas. En particular, señala que el exceso de regulación asfixia la innovación y frena el desarrollo de sectores estratégicos como el tecnológico.

Según Stephanie Flanders, moderadora del panel "¿Estrellas en declive? Revisando la competitividad europea", si en los últimos 25 años

La fuerza bruta hoy se impone como herramienta legítima

Ante la guerra comercial de Trump, Europa busca competitividad

La Argentina deberá moverse con cautela en un escenario en transformación

LITERATURA —

Europa hubiese crecido al ritmo de Estados Unidos, su economía sería tres billones de dólares más grande y dispondría de decenas de miles de millones adicionales para defensa sin necesidad de tomar decisiones difíciles. Con una Europa más competitiva, muchos de los dilemas discutidos en Múnich habrían sido irrelevantes. No se trata solo de una falta de voluntad política para aumentar el gasto en defensa, sino de una falta de capacidad económica para hacerlo.

Actores tecnológicos

En el mismo panel, Joel Kaplan, director de Asuntos Globales de Meta, advirtió que el exceso de regulaciones en sectores estratégicos, especialmente en inteligencia artificial, está asfixiando la innovación y frenando el desarrollo tecnológico en Europa. Su crítica refleja un fenómeno evidente: con Trump de regreso en la Casa Blanca, las tecnológicas estadounidenses se sienten más seguras para desafiar las normativas de la UE. La discusión ya no se limita al mercado digital; ahora plantea una cuestión más profunda: ¿podrá Europa sostener su modelo regulatorio mientras Washington impone barreras comerciales y protege agresivamente a sus gigantes tecnológicos?

Ya no hay dudas de que las tecnológicas han pasado de ser simples observadores a convertirse en actores clave del orden global. En 2024 asumieron el rol de guardianes de la integridad electoral al combatir la desinformación; en 2025, su influencia se extendió aún más al ámbito de la defensa y la seguridad. Sin embargo, su creciente protagonismo ha encendido alarmas sobre soberanía digital y control democrático. La estrecha relación entre los ejecutivos de Silicon Valley y el gobierno estadounidense plantea un dilema de fondo: ¿hasta qué punto las políticas públicas siguen siendo independientes frente al poder digital?

Mensajes para la Argentina

Cuesta encontrar señales de optimismo para la Argentina en el contexto actual; este mundo solo suma incertidumbre a nuestros propios desafíos internos. Sin embargo, al menos dos oportunidades emergen en este escenario.

Por un lado, los cambios en el comercio internacional abren la puerta para que la Argentina se posicione como un socio atractivo para el comercio y las inversiones. La búsqueda global de nuevos aliados podría permitirnos acelerar la firma de acuerdos comerciales estratégicos, facilitando una inserción más abierta y estable en el mundo, que trascienda los cambios de gobierno.

Por otro, la tendencia hacia la desregulación es una agenda que el país está adoptando con fuerza y que podría convertirla en un referente, al menos para Europa, en la construcción de un marco más flexible y dinámico para el desarrollo económico.

La Argentina deberá moverse con cautela en este tablero global en transformación. Sin perder de vista sus propios intereses, deberá evitar quedar atrapada en disputas de potencias. Parafraseando a Antonio Gramsci vía Slavoj Žižek: "El viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos".

El desafío será transformar la incertidumbre en oportunidad antes de que los monstruos terminen definiendo el futuro. ●

Economista y diputada nacional (Pro); participó de la Conferencia de Seguridad de Múnich



El escritor César Aira

CATI CLADERA

César Aira: "Mi vocación no fue tanto la literatura, sino los libros en general"

El autor de *La liebre*, premiado esta semana, habla de sus comienzos en la lectura y la escritura

Por César Aira

Lo que sigue es el discurso que el escritor dio esta semana al recibir el Premio Finestres de narrativa en español, concedido por la Fundación Finestres de Barcelona, por su novela En El Pensamiento

Agradezco de corazón el premio que ha obtenido para mi feliz sorpresa esta memoria de los años legendarios del Pensamiento. Lo agradezco como premio, y me congratulo de que provenga del mundo de los libros. Quizás por haberme criado en un pueblo en el que no había librerías, la existencia de estos establecimientos, y toparme con uno de ellos al dar vuelta una esquina siempre me pareció, me sigue pareciendo, un golpe de suerte, un lujo del azar. En una vida de viajes por el mundo, no creo haberme ido de una de las muchas ciudades que visité sin haber entrado al menos en una de sus librerías. Y ahora que la suerte ha querido dejarme varado, lo ha hecho en Buenos Aires, la ciudad de las mil librerías.

Cuando me preguntan, como suelen preguntarnos a los escritores, cuándo y por qué había nacido mi vocación literaria, después de responder con las consabidas memorias de lecturas adolescentes y la necesidad de expresión, me veía llevado a hacer una corrección: mi vocación no fue tanto la literatura, aunque la literatura terminó siendo el centro de mi vida, como los libros en general. Mi vocación fueron los libros. Y la habría realizado igual de satisfactoriamente co-

mo librero, bibliotecario, editor, investigador, cualquier trabajo en el que hubiera libros. No diré encuadernador, porque siempre he sentido que el cuidado que los encuadernadores le aportan al exterior de los libros se lo están restando a su interior. Y a mí los libros me gustan para leerlos, no para mirarlos. En cambio no me disgustaría ser corrector de pruebas. Aunque no he ejercido nunca ese oficio, imagino una suerte de voluptuosidad en limpiar una página de todos sus errores y erratas. Así como el encuadernador se queda en la cascara del libro, el corrector de pruebas pule la cara interna de su interior.

Como sea. Terminé como lector, y accesorariamente como escritor. Esto de ser escritor alguna vez lo expliqué, medio en broma y medio en serio, diciendo que al ser la lectura una ocupación que devora tiempo y no rinde utilidades o ganancias visibles, ¿cómo justificar ante la familia y vecinos que uno se pase tantas horas leyendo? Había que buscar una profesión que explicase una conducta tan poco productiva. Podía ser la de editor, o profesor, o crítico... Pero para todas ellas se necesitaba preparación, algún talento especial, estudio, y eran a cual más trabajosas. En cambio para ser escritor no se necesitaba nada de eso y era la coartada perfecta para que me dejaran seguir leyendo en paz.

La pasión por la lectura me atrapó pronto, no sé bien si al salir o al entrar a la infancia. Y debo hacer una corrección a algo ligeramente difamatorio que dije antes. El pueblo donde crecí no tenía librerías, es cierto, no las tenía

porque no las necesitaba. Había dos, no una, excelentes bibliotecas públicas, a las que me asocié de las que fui asiduo. Si las califico de excelentes es porque lo eran, puedo decirlo ahora respaldado por la frecuentación de las grandes bibliotecas del mundo. Salvo que aquella excelencia era en buena medida mérito de la época. En efecto, en aquel entonces no existía la industria del best-seller, por lo que los quince o veinte mil volúmenes de cada una de esas dos bibliotecas eran de literatura, buena o no tan buena pero genuina, y así fue como pude leer, en toda mi inocencia adolescente, a Proust, Joyce, Kafka, Thomas Mann, Gogol, Balzac.

A un escritor que conocí y admiré le preguntaron en su vejez por qué había escrito tan poco. Respondió con una breve frase que lo explica todo: "Preferí leer". Si bien suena como un retiro o una renuncia, y el verbo en infinitivo parece sugerir un infinito de lecturas que se agota en el tedio de lo que no tiene principio ni fin, lo redime esa preferencia conjugada en una rotunda primera persona. Es una elección libre y soberana, que se repetirá con cada libro. Yo también preferí leer. Y tanto me gratificó esa preferencia que podría no haber escrito nada, de no ser que en un momento de mi juventud hice, maravillado, el descubrimiento de la escritura manuscrita.

Fue descubrir mi América, mi continente de huidas y aventuras. Se debió, se lo debí, a la coincidencia de dos poetas que pasaron por mi vida como dos cometas luminosos. Uno de ellos me inició en el lujo de las plumas con punta

de oro, que se personalizan deformándose de acuerdo a las inclinaciones o presiones particulares que le imprime su dueño al escribir, y ya nadie más que él puede usarla. Se vuelve instrumento de individuación, como los sueños.

La otra fue una poeta que escribía con una hermosa letra pequeña y elegantísima. Yo no debía de estar muy conforme con mi letra, porque copié la suya y la adopté en adelante. No es tanto que haya querido burlar a los grafólogos, sino que al escribir con una letra ajena me aseguraba que lo escrito por mí no se contaminara con las miserias y mezquindades de mi carácter.

Así quedaron establecidos los dos campos, o dos hemisferios cerebrales, el de la lectura y el de la escritura. Al mantenerlos separados, en compartimentos estancos, dotados de yo también Preferí leer, y al mismo tiempo escribir mucho. Parece una paradoja, pero se explica a partir del soporte visual que reina en cada campo. En el de la lectura es la tipografía, y aunque con el tiempo proliferaron las tipografías domésticas, desde la máquina de escribir a los procesadores de texto, yo me mantuve fiel a la escritura manuscrita. No dejé que la lectura invadiera el campo de la escritura, lo que me permitió componer mis libros como un pintor compone las historias de sus cuadros. Y ya se sabe que a diferencia de lo que les pasa a los lentos y trabajosos escritores, los pintores, dotados de la milagrosa agilidad de la imagen, pueden pintar un cuadro por semana, o uno por día si se les antoja. ●

LECTURAS —

Stephen Dixon

La fiesta del delirio y del absurdo

El autor estadounidense, conocido por obras como *Interestatal*, explora más que nunca en *Cartas a Kevin* la senda de sus admirados Kafka y Beckett

José María Brindisi
PARA LA NACION

Algunos escritores juegan sus cartas de entrada. Así comienza, por ejemplo, la larga espiral de *Cartas a Kevin* que solo un autor con la desfachatez del estadounidense Stephen Dixon (1936-2019) puede convertir en un verdadero tornado narrativo. Valga citar algunas líneas como ejemplo.

"Querido Kevin:
Te escribo esta carta porque cada vez que quiero llamarte pasa algo que me impide hacerlo.

"Primero que nada pensé en llamarte desde mi departamento, en Nueva York, pero no tengo teléfono. Así que levanté mi almohada, la sostuve cerca de mi boca y dije: 'Hola, ¿Operadora? Me gustaría hacer una llamada a un tal Kevin Wafer de Palo Alto, California'.

"No contestó nadie, así que levan-

té mi reloj despertador y lo sacudí para que se pusiera otra vez a hacer tic tac. Después tiré de la perilla de la alarma para asegurarme de que el reloj volviese a sonar cuando se hiciese la llamada, y le dije a la esmera del reloj: 'Operadora, me gustaría hacer una llamada de persona a persona a California'.

"Por supuesto que yo sabía que para hacer una llamada de larga distancia necesitaba un teléfono de verdad. Pero pensé que utilizar mi reloj o mi almohada sería una vía mucho más barata.

"Me acordé de que la familia que vive frente a mi casa en la misma calle tiene un teléfono. Nuestros departamentos están los dos en el último piso de edificios de cinco plantas, y prácticamente todas las veces que he mirado por la ventana para ver cómo estaba el clima, alguien de

esa familia se encontraba al teléfono. Así que grité hacia el otro lado de la calle: 'Hola, ¿puede llamar por mí a un número de California y pedirle a Kevin Wafer que hable superfuerte en su teléfono para que yo pueda oírlo desde acá enfrente? Después, yo también voy a hablar superfuerte...'

Y así sucesivamente. En otras manos —quizá con la excepción de algún raro avis como el uruguayo Leo Masliah—, un comienzo semejante conduciría de seguro a la ruina. En las de Stephen Dixon, en cambio, obliga al lector a tener la guardia alta, a sospechar de nosotros mismos si es que nos dejamos engañar por la encantadora, eso sí —ingenuidad que empieza a teñir la superficie del relato.

Con todo, *Cartas a Kevin* —uno de los últimos libros que publicó el autor de las magníficas y agotadoras *Interestatal* y *Gould*— es una novela extraña para el extraño Dixon. No lo es tanto por la relativa sencillez de su argumento, que esta vez sí pareciera cumplir con la prédica de su creador de contar "únicamente acciones" (lo que casi siempre resulta en una escandalosa trampa, si nos atenemos a que el grueso de sus historias transita por especulaciones, devaneos, imaginéras), ni mucho menos por los entresijos lingüísticos de su prosa (hay que rendirse una vez más ante el trabajo de su traductor), sino por el modo en que se presenta el delirio. Es un absurdo desatado, pura peripeia, que podía hallarse en su narrativa solo muy esporádicamente en cuentos como "Volando" o "Cuervos", aunque tal vez no tan llevado al extremo ni con el espíritu cínico que se impone aquí.

Bien podría pensarse *Cartas a Kevin*, que parece coquetear con el vacío o la imposibilidad existencial de sus amados Kafka y Beckett —pero que también reclama el parentesco con Macedonio Fernández, y hasta con Georges Perec—, como un antídoto de parte de Dixon para la sordidez y la angustia que dominan la mayor parte de su obra, un recreo para todo su hiperrealismo descarnado.

El argumento de esta novela, inverosímil eslabonamiento de episodios que parodia y al mismo tiempo homenaja al género epistolar, es

una continuidad, un prolongamiento enfermizo —no revelaremos hasta qué punto— desus líneas iniciales en las que abandona súbitamente el contacto con lo real y se pierde en un delirio que, en sus pasajes más logrados, es también un delirio discursivo, plagado de retruécanos, juegos de palabras e incoherencias deliberadas.

En concreto, quien escribe las cartas es un tal Rudy, y el Kevin del título es un niño de edad imprecisa —un probable guiño intertextual— que vive, como quedara más o menos claro, en el otro extremo del país. Diremos apenas, para ilustrar el grado de fantasía, que el siguiente paso de Rudy es llamar desde una cabina telefónica, en la que no solo fracasa por diversas razones sino que queda atrapado hasta que lo trasladan a un depósito —con cabina y todo—, lo olvidan, pierde peso, lo confunden con una bolsa de papas, va preso, regresa más de una vez al punto de partida... Sin embargo, nunca dejará de cargar con su máquina y de escribir las cartas, con la esperanza de que en algún momento —en breve o años después— Kevin las reciba y sepa de su voluntad de comunicarse con él.

Más allá de las diferencias de tono y de sustancia para con el Dixon que en el último lustro se volvió familiar para el lector argentino por la circulación de sus libros, ciertas características se mantienen: las repeticiones y artificios, vías para el énfasis y asimismo para la confusión; la voluntad extrema de deconstruir cada instancia; la capacidad de manipular arquetipos, ampliando su radio de significado; la convicción para creer en las ambigüedades de la percepción y en el prisma subjetivo que atraviesa cada experiencia; la constancia programática de hallar en el exceso una condición indispensable para su literatura.

Es posible que esta nueva entrega de Dixon no sea su *opus magnum*, pero también lo es que su literatura tiene siempre mucho para dar, así de contundente e irreductible. Se trata de un autor en el que en apariencia todo se observa, todo se piensa, todo se dice, y aun así lo que sobrevive es siempre la sensación de un enorme vacío. Aunque nos quiera hacer creer que esta vez sólo habrá espacio para la risa y el delirio. ●



Cartas a Kevin
Stephen Dixon
Eterna Cadencia
Trad.: Ariel Dillon
214 págs. / \$ 27.800



Interestatal
Stephen Dixon
Eterna Cadencia



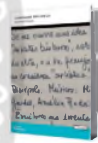
RESEÑAS —



Oso
Marian Engel
Impedimenta
Trad.: M. Palmer
168 páginas
\$ 26.800



Saliva en la boca
Lucía Igol
Notanpuán
122 páginas
\$ 26.000



Las voces bárbaras
Leopoldo Brizuela
Ed. Bonaerenses
123 págs / \$ 9100



La boca pobre
Flann O'Brien
Nórdica
Trad.: A. Rivero
144 páginas
\$ 19.900

Una compañía inesperada, en un lugar aislado

Márgara Averbach
PARA LA NACION

En una buena traducción, pero alejada del dialecto argentino, llega por fin al país la obra cumbre de Marian Engel Toronto, (1943-1985), reconocida escritora canadiense, pero poco vertida al español.

Publicada por primera vez en 1976, *Oso* es una novela "de viaje" profundamente distinta. La historia se centra en un verano en el que la protagonista, Lou, una bibliotecaria urbana, llega a una isla del norte, para catalogar los libros y objetos de una casa señorial, legada al Instituto Histórico que trabaja. Engel narra en una tercera persona limitada la cambiante relación de Lou con la isla, la casa y un oso que convive con ella durante un período de poco contacto humano. La excepción son algunas visitas de Homer, el encargado del lugar. En esos pocos meses, la protagonista desarrolla una comunicación especial con lo que la rodea sin abandonar su trabajo, comunicación que, a su vez, la marca en el cuerpo, la mente y las ideas.

A nivel conceptual, *Oso* reniega del binarismo occidental. Nada es simple. Por ejemplo: al principio, Homer le dice que "nadie se ha ido jamás de aquí" sin que lo obligaran, pero al final le advierte que todos se ponen raros cuando pasan demasiado tiempo solos. Es evidente que ambas afirmaciones son verdaderas. Y Lou evoluciona a partir de la relación que tiene tanto con el oso como con la casa. Las dos cosas importan y Engel recurre con frecuencia al montaje para enfatizarlo, un párrafo para el oso, otro para el catálogo.

En pocos meses, la conexión con el animal y el paisaje (lo más ajeno a Lou) pasa del miedo al amor. Ese camino tiene momentos fundamentales: el momento en que Lou y el oso miran caer las estrellas fugaces junto al río; las escenas en las que se acarician dentro de la casa, junto al fuego, y en el final, una en la que Lou se para frente a un espejo y se asusta de su propia imagen.

Hay, además, un descubrimiento teórico-literario cuando ella, la clasificadora, se da cuenta de que, en la clasificación (su trabajo), "nunca, jamás, hallaría nada tan revelador ni auténtico... como la historia narrada por Homer", cuando el encargado le cuenta el pasado de la isla. Esa es una confesión clave: la ciencia y la escritura, afirma Lou, no expresan ni entienden las cosas con tanta eficacia como el lenguaje oral, la charla, la ficción.

Oso es un libro hipnótico, fascinante, de aliento filosófico, que lleva a los lectores a un viaje hacia la frontera de la "civilización" donde compartir la experiencia de la protagonista en un medio rural aparentemente hostil y ejercer con ella la mejor de las capacidades humanas: la de adaptarse a un lugar "salvaje", poco contaminado por la humanidad, para aprender de él y dejar que le cambie el futuro, las ideas, los proyectos. ●

La mentira, la fabulación y los límites

Carolina Esses
PARA LA NACION

"Yo nunca había cortado el pelo en mi vida, pero cuando llegó la primera clienta le dije: 'Siéntese por acá con una sonrisa y ella se sentó sin preguntar.'" Así, con decisión y arrojo, empieza el primer cuento de *Saliva en la boca*, debut literario de Lucía Igol (Buenos Aires, 1993). Aunque el libro se compone de siete relatos muy distintos entre sí, el coraje de esta primera narradora —una empleada de limpieza que toma por asalto el rol de peluquera— hace de punta de lanza y de postulado poético. Después de todo, como la peluquera, quien escribe siempre está haciéndolo por primera vez y también, siempre, un poco a ciegas.

Si hay una constante en estos relatos es la idea de mentira, de fabulación como también la pregunta sobre el límite: ¿cuánto es demasiado? En el cuento "Saliva en la boca", la protagonista esconde un embarazo para no perder su puesto de conductora en un programa de televisión. En "Princesa" la narradora le miente a sus compañeros de oficina para obtener distintos beneficios: les dice que tiene una hija discapacitada. Un día, a la salida del trabajo se encuentra con una niña en la plaza. Ella también sostiene una ficción: es carba la tierra buscando a Princesa, su amiga-bicho-bolita. Igol describe cierta farsa que esconde en lo real. En "Silvio" muestra a un personaje que solía ser obsesivo, convertirse en liniero. Quien narra es una mujer con la que Silvio solía trabajar que ahora está de novia con un hombre, por lo menos, tibio. Detrás de cada relato se intuye un gran trabajo de composición de escena; las tramas tienen giros inesperados y los personajes están vivos. Hay dos cuentos que giran en torno a la escritura o la docencia: "El guardapolvo" y "Jacinto Almeyda". El primero podría pensarse en la tradición de Hebe Uhart y su célebre "Impresiones de una directora de escuela", solo que aquí no está ese tono de desilusiónado de la protagonista de Uhart, sino la pregunta por la desmesura: ¿qué puede hacer la maestra frente a las groserías que le dice Marcelito, el alumno rebelde?, ¿los dibujos que el chico le hace ver, donde está desnuda y degollada, implican un riesgo real? El libro cierra con "Jacinto Almeyda" donde se cuenta una reunión en la casa del poeta que le da título al cuento. ¿Cómo puede ese hombre ser un poeta?, parece preguntarse la protagonista; ¿cómo puede su amiga, que ganó un premio plagiando a Neruda, salirse con la suya? ¿qué va a hacer ella con sus poemas llenos de lugares comunes y fallas?

En cada relato, Igol presenta un universo particularísimo por el que se mueven estas narradoras —salvo en uno, son todas mujeres— desbordadas e incómodas. Una escritora que se lanza sin prejuicios y con entusiasmo al género más canónico de la literatura argentina y ofrece un libro que provoca la felicidad de los buenos descubrimientos. ●

Singulares retratos biográficos

Mariano Vespa
PARA LA NACION

Trabajar con archivos supone una expansión en la percepción, y a la vez una especie de desconfianza, que tiene que ver con aceptar la posibilidad de un camino divergente y también incompleto. No hay tarea archivística sin una dinámica política.

Una de las vetas en la obra del escritor y traductor Leopoldo Brizuela (1963-2019) tuvo que ver con darle sentido a esas presencias múltiples, que van de voces —como sus libros de conversaciones con Mercedes Sosa o Leda Valladares— hasta documentos, como su último trabajo de recuperación de autores en la Biblioteca Nacional.

En los veinte retratos que conforman *Las voces bárbaras* habitan un ejercicio biográfico y ensayístico, que explora zonas poco trabajadas en las trayectorias de cantantes y escritores, lagunas, misterios o máscaras que activan otros viajes. Cuando piensa en la sexualidad de Gardel, por ejemplo, aquello que resalta es su ficción y de qué manera su voz se libera y nos atraviesa. La potencia del canto, que abraza como gesto performático, ocupa un lugar relevante en Brizuela, desde la fadista Amalia Rodríguez, Nini Marshall o Atahualpa Yupanqui, que no solo son referentes en géneros populares, sino también en su versatilidad.

El corpus de semblanzas también está influido por el contacto, por la afectación que genera su amistad con distintas personalidades como Idea Vilariño, María Elena Walsh, Elvira Orphée o Sara Gallardo, donde no solo enarbola su mapa sentimental, sino que además reivindica sus proyectos, con la certeza trascendental de que puede haber agudeza en el amor. ●

Sátira y risas en una novela irlandesa

Marcelo Sabatino
PARA LA NACION

El irlandés Flann O'Brien —seudónimo de Brian O'Nolan (1911-1966)— es el menos divulgado del tripode que forma con sus conacionales Joyce y Beckett. Su obra maestra *En-Nadar-dos-pájaros* (de 1939) es un juego de cajas chinas que le ganó por décadas a cualquier novela posmoderna. La póstuma *El tercer policía* (1967) resulta un *tour de force* con un giro inesperadísimo.

Una virtud de O'Brien —que tenía otros alias, entre otros el periodístico Myles Na gCopaleen— es el humor, que figura en todos sus libros, pero con variantes. *La boca pobre* —escrita en gaélico, a diferencia del inglés de las otras, y traducida por primera vez del original— es donde su imaginación más se regodea en el costumbrismo, que en Irlanda tiene una larga prosapia.

Sátira de una época y parodia de un estilo, el de la picaresca autobiográfica, que circulaba en los manuales de primaria de la isla, la trama transcurre en el remoto y desabrido condado de Corca Dorchá, donde nunca para de llover. Allí está Bonaparte O' Cúna-sa que, como corresponde al género, escribe sus aventuras y —sobre todo al final— desventuras. El tema lingüístico y sus aristas nacionalistas son parte del argumento. En cierto momento, el condado recibe la visita de una horda de dublineses que se dedican a defender el uso del idioma autóctono. Sin embargo, pronto llegan a la conclusión de que todo resulta demasiado auténtico, pobreza incluida, y el dialecto del lugar es demasiado irlandés. No es el libro más logrado de O'Brien —la broma es en exceso localista—, pero imposible no ceder a su encanto. ●

Best Seller

FICCIÓN

- 1° El secreto de Marcial**, de Jorge Fernández Díaz. Destino. \$ 24.900 (2 semanas en lista)
- 2° La vegetariana**, de Han Kang. Random House. \$ 19.999 (18)
- 3° El buen mal**, de Samanta Schweblin. Random House. \$ 24.999 (1)
- 4° Blackwater I: La riada**, de Michael McDowell. Blackie Books. \$ 14.999 (21)
- 5° En agosto nos vemos**, de Gabriel García Márquez. Sudamericana. \$ 22.999 (43)

NO FICCIÓN

- 1° La felicidad**, de Gabriel Rolón. Planetá. \$ 35.000 (66 semanas)
- 2° Hábitos atómicos**, de James Clear. Booket. \$ 22.900 (46)
- 3° Este dolor no es mío**, de Mark Wolynn. Gaia. \$ 29.900 (60)
- 4° Nexus**, de Yuval Noah Harari. Debate. \$ 42.999 (24)
- 5° No entender**, de Beatriz Sarlo. Siglo XXI. \$ 22.000 (1)

Librerías consultadas: Cúspide, Santa Fe, El Atréneo y Yenny (Capital, Gran Buenos Aires e interior).

Algunos párrafos antes de cruzar palabras y gestos con el diputado Facundo Manes, Javier Milei cumplió con el ritual de los presidentes que acumulan tiempo y descuentan que van bien: pidió ser votado por sus hechos de la misma manera que en 2023 había sido elegido por sus ideas.

El pequeño conato posterior, con el diputado radical levantando una Constitución como si fuese una Biblia en un exorcismo, se agranda luego por el discurso vacío y repetitivo que el Presidente leyó al final de dos semanas en las que su gobierno sintió la incómoda vibración de su primer gran escándalo por presunta corrupción, el criptogate.

Como si entre la inauguración de las sesiones ordinarias y las elecciones legislativas de octubre no hubiera eternos meses en los que nuevos hechos ampliarían los motivos para votar a favor o en contra, Milei parece dar por seguro que no habrá otra cosa para apreciar que sus realizaciones, sin otro contexto que el silencio que parece buscar en forma cada vez más explícita.

Luego del incidente entre Manes y el descontrolado asesor Santiago Caputo llegó el anuncio de instalar un botón muteador durante las conferencias de prensa del ascendente vocero Manuel Adorni. Callar a los periodistas es un viejo sueño que se renueva con suerte diversa a lo largo de la historia.

No hay prenda que no se parezca al dueño. Produce contagio en el resto de sus funcionarios la irritación que le genera a Milei ser interrumpido por toses, voces en la trastienda de un estudio de TV, fallas en el sonido o diputados gesticuladores. Es un potencial caso de estudio para los analistas del comportamiento.

Aunque se presente como el más disruptivo de los presidentes desde la aparición de Perón, ochenta años atrás, Milei cumple una regla inexorable: a medida que los gobernantes se convencen —encuestas y entornos incondicionales mediante— de que sus gestiones son brillantes, crece en ellos la certidumbre de que los derechos de sus contradictores deben diluirse hasta eliminarse.

El periodismo suele estar entre las primeras víctimas; el periodismo que actúa como tal, en tanto es también una contingencia inevitable que cada gobierno haga crecer su corte de justificadores que encuentran una explicación hasta para los desastres. Gente que hace como que pregunta y hace como que informa.

— LA PARTE Y EL TODO —

Milei, de la motosierra al botón muteador

Sergio Suppo
LA NACION



Como ahora en el caso del esplendor creciente de la gestión libertaria, el menemismo también tuvo una corte de aplaudidores. El kirchnerismo hizo lo mismo, pero no le alcanzó y pasó años comprando medios de comunicación y pretendiendo anular y hacer desaparecer otros.

Nada diferencia a Néstor Kirchner de Milei en su certeza de que todos los periodistas son marionetas que escriben y dicen lo que se les ordena.

Luego de organizar parodias de juicios populares contra notables comunicadores, el kirchnerismo envió a sus militantes a gritarles a los periodistas del grupo Clarín "devuelvan los nietos", por aquella falsa acusación en contra de la propietaria del multimedio de haberse apropiado de hijos de desaparecidos.

Nunca nadie se disculpó por el sostenimiento de una infamia convertida en persecución judicial que luego

las pruebas genéticas desbarataron.

Desde lo alto de un poder que sugiere una impunidad que no es tal, Milei acusa sin dar nombres de haber sido "ensobrados". La palabra adquirió una popularidad tan extendida como la dimensión de ese agravio sin nombre. Por lo general, habla de periodistas que no lo aplauden. ¿Son todos infames los periodistas? A Milei le molestan hasta tal extremo, que se podrían abrir oscuros interrogantes sobre su comportamiento si en octubre interpreta que los votos no son el apoyo por lo que hizo para bajar la inflación sino una bendición para ahogar disidentes, opositores o periodistas obligados a la equidistancia.

Nada está en el aire. Los agravios como forma de relacionamiento, el *bullying* desde el poder, el uso de los recursos públicos para atacar al economista que habla del atraso cambiario o al periodista que investiga el criptogate alcanzan una aceptación bastante más generalizada de lo que se supone.

Esto sucede por al menos tres razones: En primer lugar, a Milei le va bien, puede decir que está cumpliendo su promesa de bajar la inflación con la aplicación de un severo ajuste y de haber recuperado el orden de la calle al terminar con los piquetes. La motosierra resultó símbolo de una idea, más que una herramienta en sí misma.

Otro motivo es que la idea de agredir y arrinconar con falacias y agravios al disidente fue largamente utilizada por la contracara de Milei, el kirchnerismo. Eso parece una justificación, cuando en realidad es la autenticación de una veta autoritaria agitada desde los extremos. Un silencio estratégico, como si temieran ser alcanzados por los rayos cólicos del Presidente y su equipo, es enarbolado por sectores de la vida política, social y económica que se consuelan por no ser tenidos en cuenta por los agravios.

El tercer motivo es la facilidad con la que en la declamada revolución es fácil ejercer la violencia en los mensajes y a la vez ampararse en la distancia, la virtualidad y el anonimato. Insultar es casi gratis y hacerlo avalado por el poder es una comodidad extra.

El botón muteador es entonces más que un instrumento para quitar la palabra a los periodistas que preguntan lo que el poder no quiere responder. "El medio es el mensaje" de Marshall McLuhan podría ahora retraducirse de otra manera: la herramienta sobre pocos es el deseo sobre muchos. ●

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/> y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impresa/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas

Club LA NACION

SUSCRIBITE

Hablamos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

iHOLA! Living Jardín Rollos